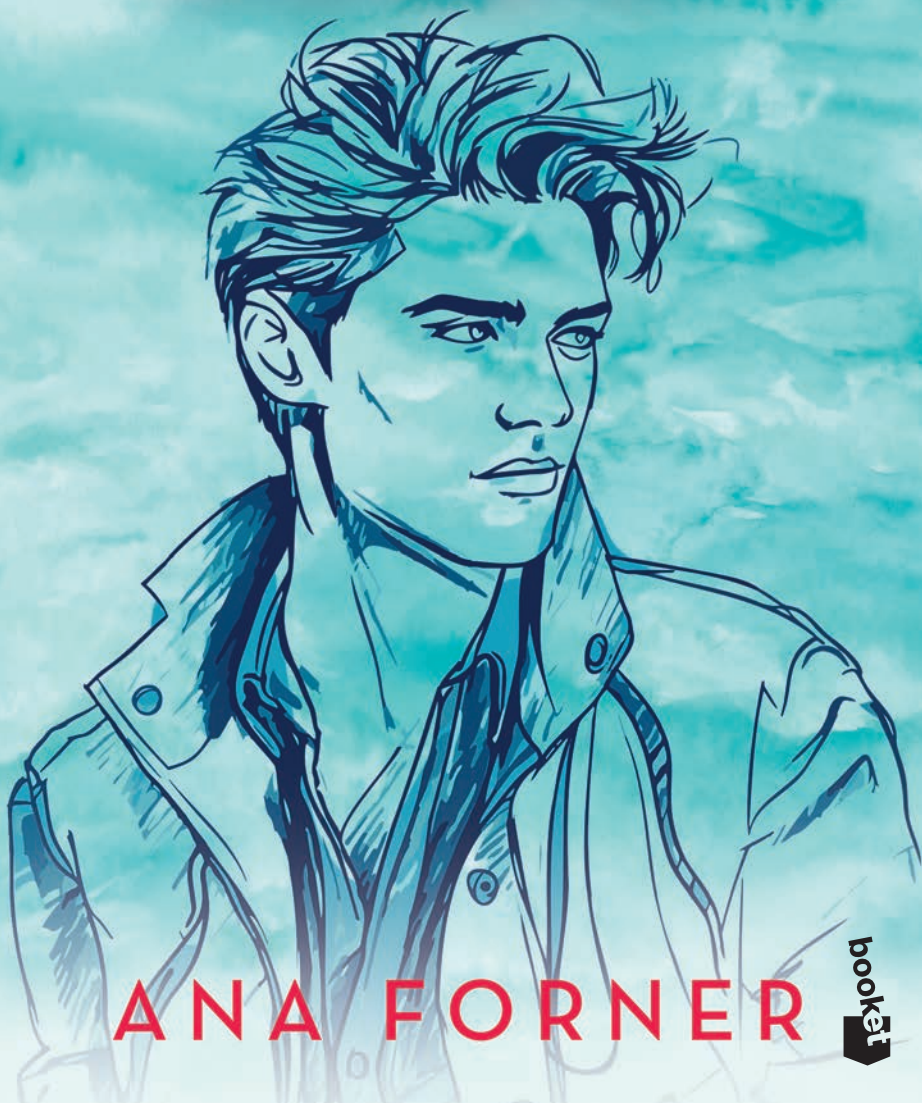


PREGÚN&AMELO

ahora



ANA FORNER

booket

Ana Forner
Pregúntamelo ahora

Esencia/Planeta



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Ana Forner, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Ilustración de la cubierta: © Tiaré Pearl
Primera edición en Colección Booket: octubre de 2023

Depósito legal: B. 15.505-2023
ISBN: 978-84-08-27873-3
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo 1

Inspiro profundamente la fragancia de los pinos mientras el cálido viento acaricia mi rostro y cierro momentáneamente los ojos, sintiéndome en casa de nuevo.

Me encuentro delante de la verja que da acceso al jardín, lleno de plantas, de la vivienda que tiene mi abuela en Formentera, con la enorme higuera dándome la bienvenida, y sonrío feliz. Estoy en casa, en mi otra casa, la de mi abuela, la de la mujer que prepara la ensalada payesa que tanto me gusta, la que me sonrío con la cara llena de arrugas y de la que nunca he oído una sola queja, a pesar de que su vida no ha sido precisamente fácil, y la abro, ansiosa por encontrarme entre sus brazos.

—¿*Güela*? ¿Estás aquí? —pregunto descalzándome por el camino.

La tierra tibia por el sol caldea mis pies y siento mi corazón henchido de felicidad. ¡Cómo he echado de menos todo esto! Formentera es mi segundo hogar, la localidad de mi padre y de mi abuela, el lugar donde he pasado todos mis veranos desde que tengo uso de razón y al que regreso siempre que necesito respirar, porque, a pesar de que quiero a mi madre y a mi familia materna con toda mi alma, a veces Madrid y la rutina diaria me asfixian, y es

entonces cuando vuelvo aquí, a la sombra de la higuera en la que tantas veces me escondía de pequeña, a las calas turquesas, a los senderos de arena y a los brazos de mi familia paterna, compuesta únicamente por mi abuela y por mi padre, un hombre bohemio al que le pudo el día a día de la ciudad.

—¿Luna? ¡Mi niña! —me dice saliendo de la casa, descalza igual que yo.

Y entonces corro hacia ella, hacia sus brazos, en los que me fundo.

—¡*Güela!* ¡Qué ganas tenía de verte! —exclamo aspirando su aroma a talco y miel.

—Mi niña, no más de las que teníamos nosotros —murmura llenándome de besos.

—¿Y papá? He pasado por su casa y no estaba.

—Te está esperando en El Capitán, tenía trabajo allí.

—Estoy deseando ir de nuevo —comento todavía abrazada a ella—; echo de menos los mojitos que prepara y ver con él la puesta de sol mientras me cuenta sus historias.

El Capitán es el chiringuito que mi padre tiene en cala Saona. Situado en un extremo de la cala, tiene un esqueleto, hecho con madera, sentado sobre el techo, con su gorra de capitán puesta, mientras con una mano sostiene unos prismáticos y, con la otra, un cubata, y es allí donde, entre comidas, cócteles, puestas de sol, música y cenas, discurre su vida, disfrutando de la isla y de sus amigos.

—Pero antes quédate un poco conmigo y ponme al día de cómo te va todo. Pareces cansada —comenta mirándome detenidamente y acariciando mis marcadas ojeras, antes de sentarnos en el banco de madera, lleno de cojines de múltiples y alegres colores, situado en el porche de la casa.

—Estos últimos meses han sido muy duros, entre los exámenes y las prácticas; por suerte ya han terminado

—murmuro acariciando su arrugada y huesuda mano—. Y, ¿sabes qué? —le pregunto feliz—, en septiembre comenzaré a trabajar como diseñadora cubriendo una baja por maternidad. ¿Verdad que es estupendo?

—Claro que sí, hija mía; si es lo que quieres, yo seré feliz.

—Es lo quiero; he trabajado muchísimo para conseguirlo.

—Lo sé, no tengo ninguna duda; has heredado el carácter decidido de tu madre —me asegura sonriendo—. Por cierto, ¿cómo está? Me gustaría volver a verla algún día; díselo, cariño.

—Muy bien, por mamá no pasan los años —observo sonriendo también, recordando a mi madre.

—¿Todavía te hace quitarte los zapatos cuando entras en casa? —me plantea divertida y cómplice.

—Por supuesto, *güela*, ¡qué cosas preguntas! —suelto carcajeándome—. No tiene remedio, te digo yo que aspira el aspirador.

—Tan diferente a tu padre —murmura sumida en sus recuerdos— y, a pesar de ello, se enamoraron perdidamente el uno del otro.

—Y aun así el amor no fue suficiente para ellos —susurro—; a veces pienso que no lo ha olvidado.

—Yo estoy segura de que tu padre no lo ha hecho y todavía la quiere, pero tienes razón, hija, el amor no fue suficiente para ellos. Eran muy jóvenes y demasiado distintos y eso, al final, tenía que separarlos. De todas formas, su amor nos dio nuestro mayor tesoro, tú —afirma dándome un beso—; solo por eso valió la pena, ¿no te parece?

—Claro que sí, *güela* —murmuro entre sus brazos—. Añoraba esto; te echaba de menos a ti, y a papá.

—Lo sé, cariño, y, aunque esta vez has tardado demasiado en volver, por fin lo has hecho. Y, ahora, dime: ¿qué

quieres que te prepare para cenar? Porque vas a cenar conmigo, ¿verdad? Esta noche te quiero para mí sola.

—Por supuesto. Prepara lo que quieras, pero que no falte la ensalada payesa y de postre... mmmm... lo sabes, ¿verdad? —le pregunto riéndome y relamiéndome con tan solo pensarlo.

—*Flaó*,* no se me olvida —sentencia riéndose conmigo.

—Si cierro los ojos, puedo sentir su gusto en mi boca; nadie lo prepara como tú —declaro feliz—. Por cierto... ¿Y mi Vespa? —inquiero de repente, incorporándome—. ¿Está aquí o en casa de papá?

—Qué manía con subirte a ese trasto, ¿por qué no coges el coche de tu padre? Ya sé que es viejo, pero me da pánico que puedas caerte y romperte la crisma.

—*Güela*, si no me caí cuando era jovencita, ¿voy a caerme ahora? —replico con una dulce sonrisa.

—Para mí siempre serás pequeña, hija, aunque seas toda una mujer —me contesta con ternura.

Mi abuela tiene pánico a las motocicletas, y la cantidad de accidentes que se producen en la isla, sobre todo en los meses de verano, refuerzan su teoría sobre el peligro que conlleva subirse a uno de esos trastos, como ella las llama, pero nada me hará renunciar a la sensación del viento azotando mi cara ni a la emoción de volver a sentirme libre.

Tras aproximadamente una hora de charla en la que nos ponemos «casi» al día, cojo mi Vespa para dirigirme a El Capitán y reencontrarme con mi padre. Subida en ella y con el viento embistiendo mi cuerpo, río feliz absorbiendo las vistas: el azul turquesa del mar, las casitas disemi-

* Postre típico de Ibiza y Formentera, que tradicionalmente se elaboraba el Domingo de Pascua y que en la actualidad se puede encontrar durante todo el año en restaurantes y pastelerías.

nadas aquí y allá, el cielo libre de nubes, el pescado secándose con la brisa y el sol, como ya se hacía antaño y que más tarde será nuestro tradicional *peix sec*, los caminos de arena... y mi cala, cala Saona, la playa donde de cría jugaba a hacer castillos de arena, donde tantas veces me bañé, primero con mi padre y mi abuela, y más tarde con mis amigos; la cala que fue testigo de tantos besos con Pablo, mi primer novio y ahora un buen amigo, y sin duda alguna uno de mis lugares favoritos de la isla.

Llego y, tras aparcar en la zona destinada a las motocicletas, y con la sensación de urgencia tirando de mí, me descalzo de nuevo para recorrer el sendero de pinos y arena que me llevará hasta la playa y el chiringuito de mi padre.

Estamos a primeros de julio y la cala está repleta de gente y yates, pero es lo normal en estas fechas, así que, sorteando las blancas sombrillas, llego hasta la rampa que me conducirá a El Capitán y, aunque hay otro camino más directo hasta allí, pues no hay que pasar por la playa, nunca lo tomo; me gusta este, me encanta alzar la vista y verlo allá arriba, ver el esqueleto oteando el horizonte con sus prismáticos y su cubata, sentir la calidez de la arena bajo mis pies y la tibieza de la brisa acariciando mi rostro mientras subo la cuesta de arena que me llevará hasta él, y sonrío al ver una lagartija verde sobre una de las rocas. ¡Cuántas veces jugué de niña con mis amigos a cogerlas, y ahora ni muerta lo haría!

Hoy está hasta los topes, y sonriendo ampliamente me dirijo hacia la barra, donde se encuentra mi padre, tan bronceado como siempre, con su eterna sonrisa, con el pelo castaño a la altura de los hombros y sus gafas de espejo que ocultan unos ojos tan azules como los míos; va vestido con sus inseparables vaqueros rasgados y su camisa estampada, tal y como lo recuerdo desde que me alcanza la memoria.

—Pero ¿a quién tenemos aquí? ¡Si es mi chica! —exclama riendo mientras sale a toda prisa de la barra y me envuelve entre sus brazos.

—Un poco joven para ti, ¿no te parece, Capi?

Una voz acerada y de fastidio hace que levante la vista hasta toparme con la mirada del hombre que hasta hace un momento hablaba distendidamente con mi padre, tan azul como las aguas de esta isla y tan profunda que siento que podría hundirme en ella.

—No seas capullo, tío; es mi hija —le responde sin dejar de abrazarme—; y deja de mirarla así, si no quieres que te rompa la cara —añade señalándolo con el dedo, con una dureza completamente impropia de él.

—No seas tú el capullo; joder, no me van las niñas —le responde con frialdad, levantándose y alejándose de nosotros ante mi asombrada mirada.

Y es entonces cuando, ante mí, cobra vida la palabra *hombre* en toda su extensión. Musculado sin caer en la exageración, lleva el pelo rubio ligeramente despeinado y mi mirada se desliza despacio por su cuerpo, admirando su espalda y cómo la camiseta se ajusta a la perfección a sus fuertes brazos, para luego seguir mi recorrido hasta llegar a su trasero, instante en el que contengo la respiración durante unos segundos mientras, fascinada, observo cómo se sienta despreocupadamente con un grupo de personas que charlan animadamente entre ellas.

—¿Quién es ese hombre, papá? —inquiero entre molesta y maravillada.

—Un cliente. No le hagas caso, hoy lo tenemos cabreado; no habrá follado —me dice entre dientes.

—Papá, ¡que soy tu hija! —respondo con una carcajada.

—¡Y yo, tu padre! Un padre al que tienes muy abandonado, por cierto —me riñe haciéndome una mueca y consiguiendo que centre mi atención en él—. ¿Por qué

has tardado tanto en volver, niña? —me reprende con cariño.

—Este año ha sido muy duro, entre los exámenes y las prácticas. Quería venir en Navidad, pero me fue imposible.

—No hay nada imposible; recuerda que querer es poder, lo demás son solo excusas —replica tras chasquear la lengua.

—Venga, papá, no empieces. Además, ¿por qué no has venido tú a verme? En Navidad esto lo tienes cerrado, podrías haberme hecho una visita, si hubieras querido.

—¿Y dejar a tu abuela sola en unas fechas tan señaladas?

—Tienes razón —murmuro arrepentida, imaginándola sola en Nochebuena o Navidad—. Prometo no tardar tanto en venir la próxima vez —le digo mirando de nuevo a «ese cliente» que, a pesar de llevar las gafas de sol puestas, juraría que no deja de mirarnos.

—¿Comemos? —me propone mi padre, sacándome de mis pensamientos—. Luego vendrán tus amigos y ya no tendrás tiempo para tu pobre padre —añade pasando uno de sus brazos por mis hombros.

—¡Verdad tenía que ser! —le recrimino entre risas mientras nos dirigimos a una pequeña mesa cercana a la pasarela de madera.

En apenas unos minutos tenemos ante nosotros una bandeja con pan, una cazuelita rebosante de *allioli*, aceitunas de varios tipos y una jarra de vino blanco fresquito. Cojo una tostada, la unto con una buena capa y, tras darle un mordisco, cierro los ojos, saboreándola, mientras el sol caldea mi rostro y el sonido de las olas al romper contra la orilla llega hasta donde estoy sentada, y medio sonrío.

—No puedes negar que te encanta esto. ¿Por qué no te vienes una temporada a vivir aquí? —me sugiere mi padre, volviendo de nuevo a la carga con nuestro monotema.

—¿Y dejarlo todo después de lo que he trabajado?

Papá, este último año ha sido durísimo y, ahora que he conseguido un empleo en una gran empresa como diseñadora, no quiero renunciar a él; además, esto me encanta, pero no para vivir.

—Yo solo digo que nada es comparable a nuestra isla, y lo sabes —sentencia apuntándome con el dedo índice, recordándome casi al instante los memes que a diario circulan por internet, y sonrío sin poder evitarlo—. Mira qué vistas, mira qué calma, ¿puedes decir lo mismo de Madrid? —me pregunta abriendo los brazos y abarcándolo todo con ellos.

—Es diferente, ni mejor ni peor —contesto conciliadora.

Sé que sería feliz aquí durante unos meses, pero también tengo claro que, con el tiempo, terminaría desquiciada. Soy una chica de asfalto; me gusta el ritmo frenético de la ciudad y todo lo que ella me ofrece, pero, para mi padre, eso es algo incomprensible. Durante el tiempo en que estuve casado con mi madre, intentó por todos los medios que le gustara y hacerse un hueco allí, pero le resultó imposible.

—Eres como tu madre —murmura perdido en sus pensamientos.

—Es la segunda vez que me lo dicen desde que he llegado aquí; hace un rato la *güela* me ha dicho lo mismo —le comento sonriendo.

—¿Y cómo está? —inquire intentando sonar indiferente, y fracasando estrepitosamente.

—Como siempre —respondo encogiéndome de hombros.

—Corto y cambio. ¿Te importaría ser un poco más explícita, por favor? —me pide apoyando los antebrazos sobre la mesa y mirándome con atención.

—No sé, papá... —murmuro recordando a mi madre—. ¿Recuerdas cómo le gusta bailar e inventarse bailes

absurdos? Bueno, pues, si no era suficientemente vergonzoso verla bailar, ahora insiste en que lo haga con ella; suerte que no nos ve nadie —le digo tapándome los ojos y riéndome al recordarlos—. Sigue trabajando como abogada de las causas perdidas y, por cierto, echándole más horas de las que debería. ¡Ah, sí! Y ahora pinta; tendrías que ver qué cuadros más bonitos ha pintado.

—Recuerdo esos bailes —farfulla con la vista perdida en el mar, sumido en sus pensamientos.

—A ti también te gustaba bailar con ella —susurro medio sonriendo.

A pesar de que intento olvidarme de «ese cliente» y centrarme en la conversación que estoy manteniendo con mi padre, mi mirada vuela continuamente a él, a esa mandíbula cuadrada, a esa barba recortada, a ese pelo rubio despeinado por el viento, a ese ceño fruncido y a los múltiples tatuajes que decoran sus brazos y que hacen que los músculos de mi vientre se contraigan suavemente. ¿Quién será? ¿Por qué nunca lo había visto antes por aquí? Y... ¿por qué me siento así?